## Capítulo XXXVII

## *EL ABRAZO A LA CRUZ PREPARA EL ALMA PARA LA UNION CON DIOS EN AMOR*

190.—Me agrada leer en San Bernardo que *la causa de amar a Dios es Dios. El mismo Dios da la ocasión. El mismo cría el afecto. El mismo consuma el deseo* (1).

Se anima el Santo a amar a Dios diciendo: *A mí no se me ocurre otra cosa más digna para amarle a El que El mismo. ¿Qué otra cosa mejor que El mismo podía dar El mismo?* (2).

Estas dos diferentes verdades me animan a parangonar la muy repetida frase de San Agustín: el que te crió sin ti no te santificará sin ti, de esta manera: *el que te llama a la santidad y te quiere hacer santo, no te santificará sin ti.*

Dios quiere hacer la unión de amor conmigo

(1) *Del amor de Dios*, 7, 22.
(2) Id., 1, 1.

que escribo y contigo que lees. La quiere hacer y la ha de hacer El. Pero no la hará sin mí, sin que yo haga de mi parte lo que debo hacer y sin que tú hagas de tu parte lo que debes.

Dios quiere hacer la unión de amor con todos los hombres, porque *para este fin de amor fuimos criados*, y la quiere hacer de modo especial y más rápidamente con las almas que El ha escogido y llamado a la perfección religiosa y que voluntaria y generosamente se le han consagrado, y deseándolo Dios no la hace, porque las almas no nos disponemos; aun de las almas consagradas llegan muy pocas a recibir la merced de la unión en amor, porque son muy pocas las que se preparan con la delicadeza necesaria. Recuerdo de nuevo la comparación: aun cuando haya corriente eléctrica, si no está el foco preparado y en contacto, no puede lucir.

Esta es la razón que me mueve a escribir, aunque sea muy brevemente, estos capítulos antes de pasar al estudio de cómo crece la gracia y las maravillosas mercedes que Dios hace en las almas que se preparan, mercedes siempre nuevas y que superan todo conocimiento humano y llenan el alma de un gozo y de una delicia imposible de imaginar, como anticipos del cielo, de tal modo que aun cuando no existiera el cielo eterno, esas almas se dan con esto por superabundantemente pagadas. Sólo se puede decir que son regalos de

Dios y como de Dios a sus almas enamoradas y son inimaginables e inefables.

191.—La mortificación y la penitencia no se pueden mirar ni explicar bajo un aspecto puramente humano y natural. Abrazar el dolor por el dolor es contra la naturaleza. El ser humano—y aun todos los seres vivos—teme el dolor y lo huye. Hasta las plantas lloran con lágrimas de savia, que es su alma, los golpes o incisiones que reciben. No hay explicación convincente natural para la existencia del dolor. Sólo lo enseña la fe y es sobrenatural.

El hombre ha sido criado para la felicidad de todo el ser, y el cuerpo anhela el regalo y busca la comodidad y bienestar. También el cuerpo ha sido criado para la felicidad y no puede dejar de desearla y buscarla, y la felicidad del cuerpo como cuerpo está en el gusto de los sentidos y en el regalo y bienestar. Los árboles y las plantas se inclinan buscando la caricia del sol y de la luz y a su contacto reciben color. El cuerpo se inclina hacia la delicia y gusta de lo gradable y cómodo.

Pero la mortificación y la penitencia son necesarias en esta vida para conservarse en la gracia y para el desarrollo de la vida espiritual, y lo son mucho más para el triunfo del amor de Dios y la unión de amor con Dios.

192.—En estos nuestros días se está escribiendo y haciendo propaganda, hasta por hombres que se dicen estar consagrados a Dios y ser ministros de Dios y abrazaron la vida sacrificada, de que ni es necesaria ni aún es prudente hacer penitencia. Se dice que Dios crió al hombre para que lo pasara lo mejor posible también en este mundo y diera gusto a su cuerpo; que no quiere Dios atormentemos nuestro cuerpo, y hacer penitencia es atormentarlo.

Ya en los siglos que nos precedieron se intentó propagar este error.

Por esta misma razón se habla con menosprecio de lo que hasta ahora se había tenido como la virtud más hermosa, no estimando la virginidad y no sólo posponiéndola al matrimonio, sino despreciándola como contraria al bien común e imposible de vivir, y aun se ha llegado a negarla en la Virgen.

La defección de tantos sacerdotes y religiosos es consecuencia de este error.

De tal manera ha entrado el materialismo en los corazones, que ciega las inteligencias, mata la fe y propaga el error. Rara es la herejía que no predicara ya eso mismo en los siglos que nos precedieron, y fueron siempre sacerdotes, religiosos y obispos los que las inventaron y difundieron.

Se pretende poner mancha en las virtudes más admirables de la Iglesia. ¿Qué dirían y qué harían tantos penitentes y tantos y tantas vírgenes que

entregaron sus bienes a los pobres y a las obras de misericordia y se ofrecieron a Dios abrazando una vida pobre y muy austera, retirándose a vivir en gran recogimiento apartados de todas las diversiones, pasatiempos y curiosidades del mundo, y renunciaron a su propia libertad poniéndose en la voluntad de Dios por la obediencia al Superior y a las leyes profesadas? ¿Qué diría San Pedro de Alcántara, que hizo pacto con su cuerpo de no darse ningún gusto? ¿Qué dirían los mártires que abrazaron tan terribles tormentos hasta dar su vida atenazada por los verdugos antes que negar su fe en Jesucristo, Dios y Hombre verdadero?

¿Y qué hizo, qué vivió y enseñó Jesucristo? El hedonismo es antievangélico.

La Iglesia, infalible, nos propone ahora a nuestra veneración a tantos Santos y Fundadores de Ordenes religiosas, que practicaron y nos inculcaron la penitencia y nos dejaron trazado con la legislación una vida de penitencia. Y Dios lo confirma haciendo milagros por la mediación de todos estos Santos que fueron tan penitentes y tan sacrificados.

Nuestro Señor Jesucristo abrazó una vida pobre y dura y ofreció esa su vida del modo más cruel y más ignominioso para la redención del mundo. ¿Y por qué el mismo Jesucristo escogió ofrecer a Dios como obsequio de expiación su fama y su honra, que es lo que más nos cuesta a todos? En-

señar y predicar la comodidad y el regalo es seguir la sensualidad y es antievangélico.

Perdona, lector amadísimo, me haya dejado llevar de este desahogo momentáneo ante la impresión tan acongojada que me produce esta terrible granizada que actualmente está cayendo sobre la Iglesia, haciendo estragos en todos los fieles y ocasionándolos mayores en los consagrados a Dios fomentado por los Pastores de las almas y seudoteólogos y con ello matando las vocaciones religiosas y sacerdotales. Porque el materialismo y el hedonismo ha entrado en la Iglesia y se ha metido en los mismos conventos convirtiendo en ruinas y destrozando la observancia y el espíritu de santidad que se había vivido siempre en los monasterios. El humo del infierno ha entrado en la iglesia y en los conventos, porque sus moradores han abierto la ventana.

193.—Tú aspiras, como deseo aspirar yo, a lo más alto y hermoso, a lo más perfecto y santo que puede darse, y Dios lo quiere y nos lo manda, como es la unión de amor con Dios, y Dios no hace esta unión con el alma que no vive la penitencia y que no se purifica con ella, preparándose y fortaleciéndose para el abrazo amoroso del Amado con la penitencia y recogimiento.

Nada te diré de la purificación puramente interior. Dios mismo se encarga de hacerla en las al-

mas. Es la más delicada y la más dolorosa. El alma nunca llegaría a hacerla en sí misma, porque no sabe y porque no se atreve. *Porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios* (3), según dice San Juan de la Cruz. Dios obra primorosamente en esta purificación del alma sin que el alma lo sienta o se aperciba.

Pero Jesucristo hizo penitencia no por Sí, sino por nosotros y para mérito suyo. Jesucristo sufrió más que los demás hombres y fue nuestro ejemplar y modelo.

Jesucristo, según el Evangelio de San Lucas, dijo: *Si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente* (4). El mismo Jesucristo alabó la penitencia que hicieron los ninivitas y con ella alcanzaron el perdón de la amenaza divina (5). En la historia leo admirado de qué medios naturales se sirvió el Señor para conceder el perdón a Nínive, medios desconocidos para ella, pero quien alcanzó el perdón fue la penitencia de todos los ciudadanos y del mismo rey y hasta de los animales.

Los santos hicieron penitencia y se santificaron.

La santidad no es la penitencia; la santidad es la caridad, es el amor a Dios. La penitencia es un medio para la santidad y es necesaria para que Dios realice la unión de amor con el alma. Y es

(3) *Subida del Monte Carmelo,* 1, 1, 5.

(4) Lc., 13, 5.

(5) Mt., 12, 41.

también un medio para convertir las almas. La penitencia prepara para la unión de amor con Dios. Jesucristo nos redimió con su pasión y es el Virgen, Esposo de las almas vírgenes.

San Pablo predicaba a los gentiles y a los israelitas a Jesucristo crucificado. *Nosotros predicamos a Jesucristo crucificado, lo cual para los judíos es motivo de escándalo y parece una locura a los gentiles* (6), y con esta predicación convirtió a los paganos, y enfervorizó a los convertidos, y se enfervorizaba y animaba a sí mismo.

Nos expone su vida y sus ansias con las siguientes palabras: *A mí líbreme Dios de gloriarme, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está muerto y crucificado para mí, como lo estoy yo para el mundo* (7). Y aún más terminantemente escribía: *Los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones* (8).

Aquí está cimentada toda la doctrina de la penitencia que los santos y los doctores de la Iglesia vivieron y nos enseñaron. El alma santa se conserva santa en el cuerpo inmolado como Jesús y así la une Jesús con El.

194.—Si ahora alguno quiere decirnos que no

(6) *I Cor.*, 1, 23.
(7) *Gál.*, 6, 14.
(8) Id., 5, 24.

se practique la penitencia, sepamos claramente que esa doctrina es antievangélica y antiapostólica y aniquiladora de las Ordenes religiosas y del mismo sacerdocio, ya que las Ordenes religiosas han abrazado vivir la perfección con los consejos evangélicos.

Quiero sólo recordar la doctrina de algunos santos sobre la mortificación como necesaria para la santidad y para la unión de amor con Dios y aun para la salvación de las almas de nuestros prójimos.

No ha llegado a mi conocimiento santo alguno que no haya practicado penitencia y expresado sus frutos y su necesidad, según las fuerzas de cada uno.

Siempre y en todas las vidas de los santos veo se destaca la doctrina de la necesidad de la penitencia lo mismo que la necesidad de la oración.

No menos que los anacoretas y los contemplativos en sus desiertos y conventos se mortificaban los apóstoles y activos mensajeros del Evangelio en la preparación de sus excursiones misioneras y durante el apostolado, y porque mejor que otro alguno conocían la necesidad de la penitencia para hacer fruto espiritual en las almas, acudían a las almas santas pidiendo penitencias para ablandar y enfervorizar los corazones además de la que ellos hacían.

El principio fundamental en que se basaban

para enseñarlo y vivirlo era, después del mandato de Jesucristo, la imitación del mismo Jesucristo. La primera penitencia después del amor propio era la inmolación de su cuerpo en virginidad.

El amor une y compenetra. El alma que ama a Dios imita a Jesucristo, aspira a su unión y compenetración, se hace una con Jesucristo ofrecido e inmolado en la cruz, une Consigo las almas ofrecidas e inmoladas en la cruz.

Jesucristo con la cruz a cuestas y destrozado y despellejado en la cruz y el cristiano regalado no se parecen en nada y tienen total discrepancia.

Así lo hacía resaltar con varias comparaciones el santo Juan de Avila y escribía: *Lo primero y principio de cosas mayores en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino* (9), y sentencia suya es: *Que sólo el padecer declara quién es amigo verdadero y fingido de Jesús* (10), y fray Luis de Granada escribía que la cruz es la señal de la privanza que el cristiano tiene con Dios.

Y de modo clarísimo hace resaltar San Juan de la Cruz la necesidad de la penitencia cuando suplicándole un religioso aminorase la que hacía porque dañaría su naturaleza no muy fuerte, le con-

(9) *Audi Filia*, 76.
(10) *Carta a una señora apenada.*

testó: *Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de las cosas; y jamás, si quiere llegar a la posesión de Cristo, le busque sin la cruz* (11).

¿Quién no se ha admirado leyendo la vida de San Vicente Ferrer, de la multitud de penitentes que le acompañaban en sus misiones y de los muchos instrumentos de penitencia que llevaban para vender entre los oyentes? ¿Y qué decir de las penitencias que él hacía sin dispensarse por el mucho y continuado trabajo que tenía? ¿No era esto lo que ayudaba a traer las gracias de Dios sobre sus auditorios? Sobre la penitencia escribió esta enseñanza: *Conviene tener en sí la cruz de Cristo, que tiene cuatro brazos: el primero es la mortificación de los vicios; el segundo, la renunciación de todos los bienes temporales; el tercero, menosprecio de las carnales aficiones de los padres; el cuarto, menosprecio y abominación de sí mismo* (12).

En todos los tiempos los santos contemplativos y los santos del apostolado activo, como Jesucristo, como los apóstoles, han practicado y enseñado la penitencia. Por el contrario, el regalo y la como-

(11) Carta al P. Juan de Santa Ana o Luis de San Angelo.
(12) *Tratado de la vida espiritual*, 20.

didad traen la apostasía y la herejía. ¿Por qué los seudoteólogos llegan a negar el infierno?

Bien conocida es la frase de Santa Teresa de Jesús que *regalo y oración no se compadecen* (13). Lo que la santa dijo hace cuatro siglos no ha perdido ni actualidad ni vigor. En estos tiempos escribe Thomas Merton: *Si el monje es un hombre de oración, también es un hombre de sacrificio. La oración y el sacrificio se completan. Es una vida espiritual bien integrada; son simplemente dos diferentes aspectos de la misma realidad* (14).

195.—Y el Concilio Vaticano II nos dice: *Es necesario que todos los miembros se asemejen a Cristo... Siguiendo sus huellas en el sufrimiento o en la persecución nos unimos a sus dolores como el cuerpo a la Cabeza, padeciendo con El, para ser glorificados con El* (15). *Y el apóstol nos exhorta a llevar siempre la mortificación en nuestro cuerpo* (16). La misma doctrina nos repite en varios lugares más. No creo haya dejado de tener actualidad este Concilio.

196.—El más delicado y alto efecto de la penitencia es preparar el alma para la unión con Dios.

(13) *Camino de perfección*, 5, 2.
(14) *Pensamientos de soledad*, 3.
(15) Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 7.
(16) Id. *Sacrosanctum Concilium*, 12; *Cristus Dominus*, 33, y *Presbyterorum Ordinis*, 6.

Quiere Dios hacer su unión de amor con todas las almas y no puede realizarla porque las almas no corresponden al llamamiento que lleno de amor las hace desde la cruz. Sé, Dios mío, que quieres hacer la unión de amor con mi alma, quieres hacerte mío y hacerme tuyo, y no puedes, porque yo no coopero, porque yo no quiero poner los medios que has establecido para hacerla y sin mi cooperación no la haces.

Abrazastes a San Francisco desde la Cruz; distes a Santa Teresa el clavo teñido en tu sangre para hacer el matrimonio espiritual, que es la unión más perfecta. Sé que tiene que subir el alma al árbol de la cruz y alimentarse de sus frutos si quiere verdaderamente que tú seas suyo y tener tu misma vida. La unión se hace en la cruz y si rehusa subir y abrazar la cruz no se puede obtener tu unión de amor; tu abrazo de amor y de comunicación de bienes.

197.—San Juan de la Cruz, que escribió todas sus enseñanzas para encaminar a las almas a la unión y animarlas a que se preparen, porque es el mayor bien que puede darse, se lamenta apenado por qué son tan pocas las que llegan a esa hermosísima cumbre de la unión. No lo diré yo con palabras mías; nos lo dirá San Juan de la Cruz con palabras suyas de su tiempo y de todos los tiempos mientras se viva el Evangelio, mientras

Dios sea santificador, mientras la apostasía no haya cegado la razón o vendado para no ver la fe.

Dice el Santo: *Nos conviene aquí notar la causa porque hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión de Dios. En lo cual es de saber que no porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra; que como los prueba en lo menos y los halla flacos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación... eche de ver que lo serán mucho menos en lo mucho y así no vaya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran.*

*Y así, hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección, y cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas, huyendo el camino angosto de la vida.*

*...¡Oh almas que queréis andar seguras y consoladas en las cosas del espíritu!; si supieseis cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a esa seguridad y consuelo, y cómo sin esto no se puede venir a lo que el alma desea, sino antes volver*

*atrás, en ninguna manera buscaríais consuelo de Dios ni de las criaturas, mas antes llevaríais la cruz, y puestos en ella, querríais beber allí la hiel y vinagre puro y lo habríais a gran dicha, viendo cómo muriendo así al mundo y a vosotros mismos viviríais a Dios en deleites de espíritu* (17).

No se ha de olvidar que la santidad es el amor a Dios con obras. Quien dice que ama y no tiene obras, tampoco tiene amor ni va por el camino de la santidad. Las buenas obras y la penitencia en sus variadas manifestaciones *se fundan en el amor de Dios* (18), pero el mismo santo nos dice que el amor está en la médula de la cruz y la medida del amor es la cruz y la cruz es la bandera que ha de estar implantada en el corazón. El amor a la cruz conservaba hermosa y floreciente la observancia y santidad de las Ordenes religiosas. Al quitar esta bandera santa se desploman y arruinan las religiones.

De sí misma escribe Santa Teresa de Jesús que cuando sentía con más vehemencia el amor procuraba desahogarlo con penitencias externas (19), como también escribe que *la medida de poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor* (20).

(17) *Llama de amor viva*, 2, 27-28.
(18) *Subida del Monte Carmelo*, 3, 27, 5.
(19) *Vida*, 30, 12, y 29, 12.
(20) *Camino*, 32, 7.

Jesucristo redimió al mundo desde la cruz y por la cruz. Las almas han de santificarse y acrecentar en sí mismas el amor por la penitencia y por la cruz. Los apóstoles o santos contemplativos y los apóstoles y santos activos han convertido las almas y las naciones con la oración y penitencia y predicando a Jesucristo crucificado, verdadero Dios, verdadero hombre, verdadero redentor y perfecto modelo. Las Ordenes religiosas brillan en santidad mientras viven el amor de Dios con penitencia y en proporción de ese amor y de esa penitencia. Si llega un día en que las almas se proponen otro modelo y buscan otro fin, las Ordenes religiosas buscan, enseñan y viven el camino del regalo y de lo mundano huyendo de la cruz y del trato con Jesús, han salido ya de su fin; ya no buscan la santidad; han entrado en la senda de la apostasía; serán lazo de perdición para las almas; paganizarán de nuevo el mundo que debían santificar. Dios borra de su libro las Ordenes religiosas mundanizadas y reciben el desprecio del mundo, son irrisión del demonio y Dios las deshace por su infidelidad. Tenían el fin más noble y se desplomaron en la ignominia.

El estandarte de Jesús es la cruz. Dios no deja de darnos voluntad y fuerzas para llevarlo siempre muy alto y firme en el corazón y en el cuerpo.

San Pedro dijo desde el primer momento de la venida del Espíritu Santo esta verdad inmutable a

través de los siglos: *Fuera de El no hay que buscar la salvación en ninguno otro. Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos* (21).

Si no se vive la penitencia, no hay vida espiritual y es imposible que Dios haga la unión de amor con el alma; ni aun puede haber salvación. Muy recientemente se lo decía Jesús a Benigna Consolata. Sin penitencia no puede haber virtudes, ni es posible progresar en el camino santo que conduce a la unión con Dios.

(21) *Act.*, 4, 12.

## Capítulo XXXVIII

### *NECESIDAD DE LA ORACION PARA LA UNION CON DIOS Y PARA LA VIDA ESPIRITUAL*

198.—Prefiero continuar este capítulo sobre la oración expresando también en esto la verdad con palabras muy acreditadas de los santos mejor que con mis propias palabras.

Hablar de la oración es hablar de la actualidad más importante de todos los tiempos y no deja de serlo en estos momentos. Yo pienso que lo es ahora aún más que en los siglos que nos han precedido. Por esto amplío un poquito más lo que ya queda indicado antes.

Decir almas de oración es decir almas santas, como ya expresó San Ignacio. Pero no son frecuentes las almas de oración.

Anunciar que se ha de tener oración es para una inmensa multitud anunciar algo de pánico.

La oración es, para las almas que dicen desean ser espirituales, lo más necesario, lo más deseado, lo más temido para muchas y lo más huido. Su misma grandeza y hermosura y la dificultad de tenerla con alguna perfección y recogimiento, asusta.

Ser alma de oración es romper con todo lo que ensoberbece y disipa. Estar en la oración es estar en contacto directo con Dios recibiendo su gracia. Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz inculcan mucho que haga cuenta el alma que sólo existen Dios y el alma. El alma en Dios y Dios en el alma. Esta verdad o atención ya la consideró muy importante el abad Alonio en el siglo V diciendo: *Si el hombre no dijere dentro de su corazón: en el mundo estamos solos Dios y yo, no encontrará la quietud del recogimiento* (Apotegmas).

Ser alma de oración es vivir la caridad y declarar la guerra a toda vanidad, apetito y resentimiento. Es vivir la mansedumbre y abrazarse con el heroísmo más constante en la mayor humildad para llegar a ser estrechado entre los brazos amorosos de Dios; es enfrentarse decididamente y para siempre con el mundo, demonio y carne hasta vencerlos totalmente; es vivir la caridad divina y fraterna sin envidias ni preferencias.

199.—Reflexiona, alma mía, un poco sobre la

grandeza, necesidad y dificultad de la oración. Lánzate a la oración, que es lanzarte a la mayor dificultad para obtener el más grande y más glorioso heroísmo y el más alto y dichoso bien. Pide a Dios la perseverancia en tener la oración, que ahora te propones. Ni te desalientes por dificultades que tengas, por diversas y encontradas opiniones que oigas, o porque te parezca que no haces nada y que no adelantas nada. El foco que está luciendo no hace nada, pero hecho el vacío y conectado con el fluido luce, como luce el alma que está mirando y atendiendo a Dios. Es muy razonable que el mayor bien exija el mayor y más constante esfuerzo y tiempo. Y la oración es para obtener el mayor bien, el bien sobrenatural, la unión con el mismo Dios y en la unión con Dios conseguir todos los demás bienes convenientes.

Fue el mismo Jesucristo quien nos enseñó la necesidad de la oración y *que conviene orar perseverantemente y no desfallecer* (1).

Fue el mismo Jesucristo quien pronunció estas terminantes palabras: *Velad, pues, en todo tiempo... Estaba Jesús entre día enseñando en el templo y saliendo a la noche la pasaba en el monte llamado de los Olivos* (2).

Fue el mismo Jesús quien *por este tiempo se retiró a orar en un monte, y pasó toda la noche*

(1) Lc., 17, 1.
(2) Lc., 21, 36, 37.

*haciendo oración a Dios* (3), como había pasado toda la cuaresma, como había pasado toda su retirada juventud en la paz y el trabajo de Nazaret; como en medio de sus actividades apostólicas durante el día, tomó al atardecer a sus tres más amados discípulos y los condujo al silencio del monte Tabor a orar durante la noche.

La oración fue vida de Jesús y de la familia Sagrada en Nazaret y la oración fue mandato principalísimo de Jesús, según nos dice el Evangelio. De Jesús lo aprendieron los Apóstoles y lo vivieron y nos lo enseñaron. Orando se prepararon en compañía de la Virgen para recibir al Espíritu Santo en el retiro del Cenáculo y lo recibieron y obraron maravillas en su virtud y se desentendieron de los bienes materiales y de su administración para no disiparse ni distraerse y *con esto podremos emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra divina* (4), como lo había hecho Jesús y por este modo de vida les dijo que ellos no eran del mundo.

200.—Perdóname, amadísimo lector, que repita y encarezca lo que tú tan delicada y amorosamente vives y sabes. Pero las corrientes de doctrinas que ahora se difunden y se quisieran hacer prevalecer me han movido para exponer y reafir-

(3) Lc., 6, 12.
(4) *Act.*, 6, 4.

mar esta doctrina enseñada directamente por Jesús y por los Apóstoles y la doctrina y la práctica contraria a ella es enseñanza contraria a la de Jesús en su Evangelio y también a la doctrina y vida de los Apóstoles. Como esta actualidad me ha movido a poner aquí como un paréntesis estos tres capítulos.

Pero sin la oración con penitencia ni habría santificación de la propia alma ni habría conversión de las almas de los prójimos que están apartadas de Dios y le desconocen. No es suficiente la oración y la penitencia para convertir las almas y hacer apostolado eficaz; es necesaria la predicación, pero sin la oración no tendría eficacia. La oración, la penitencia y la predicación han de estar unidas, como han de estar unidas y ayudarse mutuamente las almas contemplativas y las almas de apostolado activo. Los apóstoles activos y las almas orantes y expiadoras deben ser santas, unidas a Jesús y formando un mismo cuerpo y un mismo espíritu (5). Nunca haya escisión, ni envidia, ni oposición entre ellas, sino compenetración y unión y mutua ayuda y mutuo ofrecimiento. Son un mismo corazón en el de Jesús y un mismo ofrecimiento con el mismo Jesús. No puede haber división.

Es necesario siempre orar; la oración es lo

(5) Un Carmelita Descalzo: *Al encuentro de Dios*, capítulo XXXI.

más grande o conduce a lo más grande. La oración lo alcanza todo y lleva al regalo de la unión de amor con Dios, a lo más alto y delicado de la gracia que es vivir la vida y la naturaleza y las perfecciones de Dios por participación y comunicación, como ya queda expuesto en capítulos precedentes.

La oración en sí misma es unión con Dios; será tan perfecta la unión como sea perfecta la oración. La oración que trata con Dios aspira a unirse con Dios. La oración es unión con Dios desde la más tibia y floja aspiración y más difuso deseo de tratar con Dios hasta la más íntima y más afectuosa y regalada comunicación con Dios en el matrimonio espiritual.

Este concepto, en una u otra forma, se encuentra en todas las varias definiciones que de la oración se han dado, porque es esencial y el perfecto.

Ya lo expresó el antiguo Evagrio Póntico diciendo que es *elevación del espíritu hacia Dios* y le recogió en la más ordinaria definición que de la oración dio San Juan Damasceno y la aceptó Santo Tomás: *Es la elevación de la mente a Dios y petición a Dios de las cosas que convienen* (6).

Santa Teresa de Jesús, en su definición especial, muy fuera de los modos comunes de los autores, destaca esa misma idea cuando dice: *No es*

(6) San Juan Damasceno: *De Fide Orthodoxa*, 3, 24.

*otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama* (7). El amor une, y si la oración es tratar de amor entre amantes, es tratar de la unión misma.

Ya San Juan Clímaco destacaba esta idea principalmente y daba los medios para poder conseguirla. *Oración* —decía—, *según su condición y naturaleza, es unión del hombre con Dios* (8).

Y explica cómo se había de hacer para conseguirlo, diciendo: *La oración del solitario no sea perezosa, sino devota y continua, y una perfecta ocupación del alma con Dios mediante una ardentísima caridad; la cual ha de ser tan constante y tan fija que ningunos ladrones la pueden robar.*

*Imposible es que el que nunca jamás aprendió letras pueda leer, pero muy más imposible es que el que no libertó su corazón de cuidados y congojas, pueda tener perfecta oración y contemplación* (9).

Se presenta ya la bella figura aureolada del alma de oración. Porque el ejercicio de la oración

(7) *Vida*, 8, 5.

(8) San Juan Clímaco: *Libro de la escala espiritual*. Traducido por el V. P. M. Fr. Luis de Granada, cap. 28. Véase en el capítulo 38 números 163 y 164. Más explicado, en *Oración mental según Santa Teresa*, por Un Carmelita Descalzo, capítulo 1.

(9) San Juan Clímaco: *Libro de la escala espiritual*, capítulo 28.

acrecienta el amor, hace florecer las virtudes, da mayor conocimiento y más ansia de Dios y aumenta la gracia.

El alma de oración es alma santa. No puede darse alma de oración sin virtudes, sin recogimiento, sin gran desarrollo de la vida de gracia.

201.—De aquí el consejo de los santos diciendo se tenga la oración continua y larga y no se desista de la oración por mucha aridez y pesadez que se sienta. No se llega a ser alma de oración por falta de decidida perseverancia; porque el apetito espiritual busca más el gusto que al mismo Dios y la oración es estar con Dios, tratar con Dios, mirar a Dios como Dios quiera, ya sea en afecto, ya sea en la mayor desolación. El sol siempre es sol y luce como sol y Dios es el sol del alma.

Solía repetir San Felipe Neri que *quien no puede orar veinte horas no tiene espíritu de oración*, y su confianza en Dios era tan grande que decía: *Cualquiera cosa que yo pidiera al Señor estoy cierto de conseguirla, con tal que tenga tiempo de orar antes* (10).

Fray Luis de Granada aconsejaba largos ratos diarios de oración; perseverar en la oración y no

(10) *Vida del glorioso Thaumaturgo el gran Patriarca San Felipe Neri.* Escrita en portugués por el P. Manuel Conciencia. Parte 1, lib. 2, cap. 15, núms. 240-241.

dejarla por pesadez que se sienta. Y la causa de no llegar a ser almas de oración y triunfar en la oración es la falta de perseverancia. El foco bien preparado luce mientras está en contacto con la corriente eléctrica.

Y no quiero dejar de solazarme con la doctrina que me enseña Fray Juan de los Angeles, resumiendo a muchos autores. Muy importante para cuantas almas dicen que desean y aspiran a ser de oración y santas.

Dice el discípulo.—*A la cuenta que ahora has echado cinco horas y media das a la oración mental, y no parece posible, a lo menos en las religiones a donde por obediencia se ocupan los religiosos muchas veces en ocupaciones exteriores y aun en rezar el oficio divino, que lleva gran parte del día.*

Maestro.—*De las ocupaciones de la obediencia no tengo que decir, sino de las que los mismos religiosos se buscan, con las cuales cada día se hacen inhábiles para las cosas del espíritu y de manera que no hay cosa para ellos más grave y pesada que el rato que gastan en la oración. Eso tiene destruidas las religiones; porque disminuyéndose en ellas el ejercicio del espíritu, se disminuye la perfección, y acabándose, se acaba todo el lustre y hermosura de ellas y todo el bien...*

*¡Qué pocas veces he visto religiosos aprovechados con la oración mental de comunidad, aunque sea de dos horas y media como entre nosotros*

*se usa!, y los que lo están, añaden sin duda mucho más en sus celdas y rincones* (11).

202.—La oración es unión con Dios o tiende a la unión con Dios.

Los autores de todos los tiempos han expresado siempre esta idea bajo una u otra forma. He citado los escritores espirituales de los primeros tiempos del cristianismo. Santo Tomás escribió en una frase como suya esta verdad, en la que recogía el pensar de los antepasados y la definición del Damasceno: *Esto es lo que principalmente se ha de pedir en la oración: que nos unamos a Dios* (12). La oración es petición a Dios, pero petición de unión con Dios principalmente. Todas las demás peticiones están dirigidas a ésta.

En estos mismos tiempos acaba de escribir Baldomero Jiménez Duque: *La oración une con Dios, con ese Dios al cual lleva, ante el cual se abre el alma. Ella proporciona una unión intencional con El: recuerda a Dios, fija la atención en Dios... como (Dios) está realmente presente, como el objeto de su pensamiento y de su amor está allí, le encuentra, le toca, diríamos, le abraza y la unión resulta más apretada, más plena* (13).

(11) Fr. Juan de los Angeles: *Manual de vida perfecta*, diálogo 2, pf. 2.

(12) *Suma teológica*, II, II, q. 83, ar. 1 al 2.

(13) Baldomero Jiménez Duque: *Teología de la mística*, capítulo 13.

Porque la oración conduce y pone en lo más grande y une con Dios dijo también Santo Tomás: *Que la vida contemplativa es de suyo mejor que la vida activa* (14).

203.—La oración es necesaria para la santidad y como es el mismo acto y ejercicio de amor, es la manifestación y el desarrollo del amor.

Para llegar a ser almas de oración son necesarias largas horas de diaria oración y perseverancia en no dejarla y en no disminuir el tiempo. Porque es frecuente desistir y no perseverar determinadamente en el ejercicio de la oración, no llegan las almas a la unión prometida por el Señor, ni aún a desatarse de los apetitos y atracción del gusto.

No se ve en sí la oración que hacen las almas, pero se ve en las virtudes. Cuando el rosal está bien cuajado de hermosas rosas, manifiesta la vitalidad de su savia.

Santa Teresa pone todo su esfuerzo en animar a que por dificultades y obstáculos que se presenten no se deje la oración. Ella misma fue el gran modelo del triunfo de la oración y escribe que la peor tentación que tuvo fue que dejó la oración un poco tiempo por considerarse indigna de tenerla y por esa tentación *se iba a acabar de perder*.

La doctora mística llamó a las almas de oración

(14) *Suma teológica*, II, II, q. 182, a. 2.

*siervos del amor* (15), calificativo el más tierno y más alentador. Pues nada hay como ser siervos del amor infinito de Dios. La perseverancia en la oración la preparó a ella para las inefables mercedes sobrenaturales que Dios obró en su alma. *Comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba... que yo las quisiese recibir* (16) *y me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria que me parecía toda me rodeaba y que por ninguna parte podía huir, y era así* (17).

Santa Teresa en la oración miraba principalmente a Jesucristo y a Dios dentro de sí misma y se miraba rodeada y llena de Dios y su gozo era estar callada con Dios y Dios obraba también calladamente en su alma hasta que estuvo bien preparada. Sin la perseverancia en los *ratos grandes de oración,* no hubiera sido ni alma de oración, ni la santa de las grandes virtudes, ni la mítica de mercedes tan maravillosas como Dios la comunicó.

204.—San Pedro de Alcántara repetía este aforismo: *La oración prolongada es madre de la oración regalada.*

(15) *Vida,* 11, 1.
(16) *Vida,* 23, 2.
(17) *Vida,* 24, 2.

Y la oración alcanza del Señor la gracia y las virtudes para la propia alma y para las almas de los prójimos.

El santo apóstol Juan de Avila citaba estas palabras de San Juan Crisóstomo: *¿Quién de los santos no venció orando? No hay cosa más poderosa que el hombre que ora.* Y escribía él por su propia cuenta: *Como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales* (18). ¿Y quién no ha oído las ponderadas palabras de San Agustín sobre el poder de la oración con Dios?

Sería extenderme demasiado y cansarte a ti que me lees, referir casos de cómo los santos alcanzaban de Dios los bienes espirituales para las almas trayéndolas de la incredulidad a la fe, del mal camino a la práctica de la virtud; de una vida buena, aunque débil y no esforzada en la virtud, al más admirable heroísmo de la vida interior del desprendimiento, de oración, de presencia de Dios, de mansedumbre y caridad, de mortificación y vencimiento.

En los santos se veían cumplidas las palabras de Jesucristo, que no vemos en nosotros por falta de perseverancia y de amor: *Todo lo que pidiéreis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis* (19). *Si algo me pidiereis en mi nombre, yo lo*

(18) *Audi Filia*, 60.
(19) Mt., 21, 22.

*haré* (20). Eso expresaba San Felipe Neri en su confianza en la oración. Eso nos refiere Fray Luis de Granada de la oración de Santo Domingo cuando alcanzó lo que pidió con gran extrañeza de sus religiosos y hacía verdadera la expresión de Tertuliano.

¡Qué rasgos y qué delicadezas tan paternales, repito, leemos en las vidas de los santos que les concedía el Señor casi como a modo de juego, y aún lo hacía muy rápidamente a veces; otras, después de larga oración. No solo en conceder la conversión de algún alma, que de suyo es sumamente importante de trascendencia para la felicidad eterna, sino en deseos muy particulares, y en detalles y acciones de cariñoso amor.

Leo en la vida de una de tantas almas santas desconocidas, Fray Miguel de los Apóstoles, que decía a su maestro de novicios: *Padre, que se me abrasan las entrañas y este corazón lo siento como una fragua,* que estando para morir, no agonizaba ni moría y quejándose al Señor por qué no le llevaba ya, pues estaba desahuciado, le respondió el Señor: *¿No ves que no puedo, porque tus hermanos los religiosos me lo impiden con sus oraciones?* Le querían entrañablemente y pedían que no muriera. Y vuelto a los religiosos les suplicó cesasen

(20) Jn., 14, 13.

de pedir su vida, y suspendida la oración de la comunidad con ese fin, en seguida, puestos sus brazos sobre el pecho en forma de cruz y en oración, entregó a Dios su alma (21).

205.—No te canses, alma mía, de esforzarte en esta empresa, la más alta y gloriosa, la más rica y feliz. En este camino de oración no hay engaño. Dios premia por Sí mismo, y premia dándose a Sí mismo en amor. Dios se pone a disposición tuya para concederte todas tus peticiones y todos tus deseos.

En el momento en que tú prescindas de todo, te despegues de todo, te sobrepongas a todo y negándote a ti misma seas totalmente de Dios, Dios te hará total y delicadamente suya con una delicia y un gozo como no puede haber otro semejante en la tierra. Es delicia y gozo de Dios para su alma amada.

Depende de tu perseverancia en la oración, en el recuerdo de Dios, en el abrazo a la cruz. Depende de que te vacíes de ti en ti y en todas las cosas; de que te determines a pasar mucho tiempo con Dios, tu Amado, muy a solas, con grande intimidad y atención. Escucha a Dios, que Dios te hablará.

(21) P. Dámaso de la Presentación: *Año Carmelitano*, día 23 de octubre.

Depende de que te abraces a la cruz con amor, pues es abrazar al mismo Jesús, en quien está todo bien. Nada te negará Dios de cuanto le pidas por Jesús y de cuanto desees para ti o para las almas de tus prójimos. Hazte de Dios, Dios no dejará de hacerse tuyo.

Si Dios no ha llegado a comunicarse en amor con las almas, es porque falta la fidelidad y la perseverancia del alma en la oración, porque el alma no ha desocupado el corazón de sí misma y de las cosas dejándole todo para Dios y por no haberse abrazado con la cruz.

Hoy es tan necesaria la oración como lo ha sido siempre y lo son el recogimiento y la mortificación; pero en la actualidad es imprescindible mayor heroísmo de esfuerzo por los atractivos y regalos de la vida en estos tiempos.

Dios no toma posesión del corazón de tierra, pero entra y llena y transforma en cielo el corazón vacío y desprendido y entregado.

Apropiándome las palabras de Santa Teresa de Jesús, digo: *Deseábale con el bien que yo me parece tenía con tener oración, que me parece que en esta vida no podía ser mayor* (22). *Y sólo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí (Dios), es la puerta la oración; cerrada*

(22) *Vida*, 7, 10.

*ésta, no sé cómo las hará, porque, aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola, y limpia y con gana de recibirlos* (23). Y termino repitiendo las palabras anteriores para que se me graben imborrablemente en mi alma y en la tuya cuando lees esto: *Comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba... que yo las quisiese recibir* (24). *Me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria que me parecía toda me rodeaba y que por ninguna parte podía huir, y era así* (25).

Los santos con la oración y penitencia hicieron florecer en su alma las flores de las virtudes hasta la más hermosa santidad.

Los apóstoles santos con la oración y penitencia se santificaron a sí mismos y difundieron la verdad del Evangelio y el espíritu vivo de fe por el mundo y en las almas. Con la oración, penitencia y apostolado se convirtieron las naciones a la fe de Jesucristo.

Dios mío, dadme el don de la oración en recogimiento para que puedas hacer resonar dulcemente, en mi alma, como lo deseas, tus armonías de cielo.

(23) *Vida*, 8, 9.
(24) *Vida*, 23, 2.
(25) *Vida*, 24, 2.

*La dificultad de la oración viene de la dificultad de la perseverancia... El recogimiento es el secreto de la vida de oración... La dificultad de la oración está en saber recogerse. Logrado esto se ha logrado todo (26).*

(26) *La vida en Dios*, por un Cartujo; en el Prólogo, por Juan Bautista Torelló.

## CAPÍTULO XXXIX

## *LA GRACIA UNE A DIOS*

206.—Con el paréntesis de estos tres capítulos sobre las tres virtudes muy necesarias para la unión de amor con Dios, juzgarás, lector amado, que me he olvidado de tratar de los efectos más atrayentes y hermosos de la gracia y es lo que desearía desarrollar con el mayor encanto y más amena idealidad. Quiera el Señor darme las facultades para hacerlo.

Ante la confusión actual de ideas y ante los modos nuevos de exponer la doctrina cristiana y espiritual, no siempre, en mi pobre concepto, ajustados a los principios ciertos de la fe y de la teología y patrística, he pensado sería muy conveniente exponer con brevedad y con la autoridad de autores y santos muy aceptados por todos, y

hacer resaltar la necesidad de estas virtudes en estos tiempos como en todos los demás. Estas virtudes, como el Evangelio que nos las manda, son de todos los tiempos.

La fuente y el manantial de la gracia, de las virtudes y de la santidad son los Sacramentos instituidos por Jesucristo. Y presupuestos los Sacramentos, de parte del hombre son imprescindibles estas virtudes para que crezca la gracia en el alma y se desarrolle la vida espiritual hasta la total y perfecta unión de amor con Dios. Sin vivir estas virtudes no crecerán las virtudes teologales, ni las morales, ni puede llegar alma alguna, si no es por modo milagroso, a ser alma de oración y de grande trato con Dios e intensa vida espiritual, y menos a conseguir la perfección o santidad, que nos mandó Jesucristo y el apóstol San Pablo expresó con estas terminantes palabras: *Esta es la voluntad de Dios, que seais santos* (1). La fe es el fundamento del conocimiento que tenemos de la verdad sobrenatural y de la gracia. La fe nos enseña la existencia de la gracia y la belleza que pone en el alma. La gracia es el amor y agrado de Dios. Sin la fe es imposible agradar a Dios, nos dice el mismo San Pablo. Toda oración está cimentada en la fe, en la humildad y es actualidad de caridad. Sin la fe no sabemos ni que existe la gracia.

(1) *I Tes.*, 4, 3.

207.—Quiera el Señor darme ahora conocimiento y habilidad para escribir con espíritu, belleza y amenidad el crecimiento y desenvolvimiento de la gracia en el alma y los admirables y deslumbrantes efectos que Dios hace con la gracia en las almas fieles. Todos debiéramos ser almas fieles, pero en la realidad son muy pocas en proporción, aun de las que se han ofrecido y consagrado al Señor.

¡Y qué belleza tan sin igual tiene dentro de sí misma el alma que se viste de la gracia y vive la gracia y por la gracia es transformada y sobrenaturalizada y como que se diviniza y hace Dios por la participación de Dios y por la posesión de Dios! La fe enseña esta ciencia divina. El alma que por la gracia posee a Dios es a su vez amorosísimamente poseída de Dios. El alma poseída de Dios en amor especial, recibe vida de Dios y adquiere perfección de Dios. Y si esta vida y esta perfección son carismáticas, también serán carismáticos los afectos e ímpetus que produzcan en el alma y nada hay que se asemeje al carisma de Dios ni en los afectos de familia ni en las muestras y cariños de los enamorados como no hay enamoramiento que se pueda comparar con el amor a Dios.

Los santos no han podido expresar los regalos que de Dios recibieron y los efectos sorprendentes que en su alma sintieron ni acumulando

todas las bellezas conocidas en la creación. El alma poseída de Dios ha sido transformada en belleza, en bien, en bondad y en vida de Dios. El alma transformada es el huerto cerrado y el jardín florecido, hermoseado con las rosas de las virtudes y lleno de las fragancias de los amores divinos donde se recrea el mismo Dios complacido y el alma, mi alma, se goza en mirar, admirar y alabar a Dios, teniéndole dentro de mí y siendo mío.

Dios quiere hacer de mi alma una preciosísima margarita superior a toda otra riqueza y a todo tesoro. Es la margarita preciosa del campo que compró el mercader para hacerse dueño de ella habiendo vendido cuanto tenía para adquirirla. Dios quiere poner en mi alma ecos de cielo.

Jesucristo nos dijo: *Sin Mí nada podéis hacer* (2), pero con la gracia de Dios lo podemos todo y Dios se nos da a Sí mismo en la gracia. Hasta en las cosas materiales decía San Juan Clímaco creyéramos lo podíamos todo. Cuando el rey Clotario decía admirado al platero San Eloy que eran imposibles las maravillas que hizo en las dos sillas que le construyó para trono, le respondió el santo: *Con la gracia de Dios todo se puede.* Los santos hacían maravillas.

Dios, con su gracia, con su amor especial, transforma al alma, la mete dentro de Sí mismo

(2) Jn., 15, 5.

comunicándola su misma vida, haciéndola amor divino. Y a veces la da poder sobre los elementos y la comunica la ciencia y aun el arte.

Jesucristo nos puso la comparación tan común en Judea: *Yo soy la vida, vosotros los sarmientos* (3). Los sarmientos reciben la savia y la vida de la cepa. Separados de la cepa, se secan. Mi alma está unida a Jesús-Dios. De Dios recibo la gracia, que es la vida de mi alma; la gracia es el amor de Dios y a Dios me une. La gracia es la vida sobrenatural de mi alma y produce en mí los frutos sobrenaturales de las virtudes. Con la gracia estoy unido a Dios y recibiéndolo todo de Dios. Según se desarrolla e intensifica la gracia, se perfecciona la unión con Dios.

El sarmiento está en la cepa, recibe la savia de la cepa, participa de la cepa; yo recibo la gracia de Dios, participo de Dios, de la vida de Dios, de la inmensidad y omnipotencia de Dios, de la bondad y hermosura de Dios, de su sabiduría y demás atributos. Dios quiere que yo crezca en esas perfecciones o que participe más intensamente de esos sus divinos atributos. Jesucristo me riega con el raudal inagotable que brota de su abierto costado.

208.—Dios quiere que yo tenga el vigor y la

(3) Ib., 15, 5.

belleza que tuvieron los santos; que yo sea flor muy lozana de su jardín. Tengo que animarme para serlo y confiar en el Señor de que con su gracia lo seré. Su mano me levantará.

Si los santos fueron como yo y llegaron a ser santos, porque se animaron, se determinaron y confiaron; si yo me animo y determino, la gracia de Dios obrará en mí la santidad. ¿Acaso no me llama el Señor y me da su gracia como les llamó a ellos? ¿Acaso no puedo yo pensar que si me humillo y me esfuerzo y me determino me dará gracia para que yo sea quizá tan santo como los que fueron más y le amaron más? Acaso me habrá dado ya Dios gracia para que fuera más que ellos, y lo sería ya si yo la hubiera aprovechado bien y no la hubiera menospreciado y perdido.

Dios quiere hacer del jardín florido de mi alma como un edén de delicias donde se recree y tenga sus complacencias como las ha tenido en muchos santos.

Me habían hablado y ponderado como un encanto la rosaleda del Oeste de Madrid y me decían era mucho más preciosa que la rosaleda del Retiro. Pasando un día junto a ella, tuve la curiosidad de admirarla en el mayor esplendor de mayo. Recibí un desencanto. Un cordelito sostenía un cartel escrito a mano en que se leía: «Prohibido el paso por nuevas plantaciones.» Vi unos

pocos rosales de enredadera cubiertos de rosas, adornando las paredes y cenadores, pero la rosaleda soñada como un edén encantado me fue un desencanto. Miré a mi alma. Me entristecí. ¡Pobre alma mía con letrero o sin letrero! Un desencanto. Visité en otra ocasión esta misma rosaleda, y más que admiración por la abundancia de rosas, admiré los magníficos ejemplares de hermosísimas y lozanas rosas; preciosísimas como para concurso. Algunas estaban premiadas. También miré a mi alma. ¿Dónde estarían las lozanas y preciosísimas rosas de las virtudes? ¿Estaba Dios recreándose en mi alma, unido a mi alma, comunicando su vida a mi alma?

El agricultor y el hortelano siempre procuran mejorar sus frutos y que sean más abundantes. El jardinero y el agricultor ensayan nuevos injertos de rosas y de frutos para mejorarlos en calidad y en cantidad. ¿No quiere el Señor que yo también me supere a mí mismo y aun, en cuanto está de mi parte, supere también a los demás? Dios me ha llamado y me insta con su gracia para mejorarme y continuamente perfeccionarme.

209.—Es muy fácil disculparse con el materialismo y hedonismo que hoy domina y se difunde de hecho y se defiende de palabra y por escrito. ¿No predominaba también en los tiempos en que vivieron los santos más admirables?

¿Es que no conoce el Señor el materialismo actual y el arrastre que ejerce en mí y en los hombres todos, y por lo mismo me da más gracia para que yo lo supere y sea más santo? ¿Dónde está la espiritualidad que yo abracé? ¿Dónde el espiritualismo y la vida interior, y la oración y la mortificación de las almas consagradas? ¿Es que no sabe el Señor que por ser la corriente materialista más fuerte tiene que dar más gracia y de hecho la da?

Pienso yo, y han escrito y pensado otros muchos, que en los últimos tiempos brillarán los santos más grandes después de la Virgen Santísima y de los Apóstoles. No será entonces menor el materialismo y el ansia de placer y regalo. Quizá ya estamos en el alborear de esos tiempos. Lamentamos cómo se extiende el materialismo ateo y la falta de piedad, pero no intensificamos la vida interior y de penitencia aprovechando las gracias que tan copiosamente nos da el Señor. Las virtudes muestran el brillo de la gracia.

Envía ya, ¡oh Señor mío!, esos grandes santos que habéis de enviar. Ya veis cuán necesarios son en estos nuestros días. Su ejemplaridad y fervor acabarán con el materialismo y el ateísmo y florecerá hermosa la piedad.

Dame a mí la gracia de entregarme con toda determinación y esfuerzo a tu amor y a tu servicio. ¿Cómo me atrevo a pedir envíes esos gran-

des santos al mundo y dejo perder las gracias que me das a mí y no atiendo a las llamadas que me haces? También quieres hacer de mí un sol vivo y esplendoroso.

Haz crecer tu gracia en mí para que deje ya todo lo que no eres Tú, y me entregue totalmente a Ti como si toda la gloria que se te puede dar dependiera de mí y toda la salvación y santificación de las almas estuviera en mi propia santidad. Hazme jardín tuyo lleno de encantos y de virtudes. Sea yo tu huerto cerrado y tu paraíso colmado de frutos sazonados y copiosos y el edén amenísimo donde vengas a tener tus delicias.